

La primacía del pugilismo

UN norteamericano y dos españoles departimos amigablemente, de sobremesa, acerca del singular y desafortunado combate entre Willard y Dempsey por la primacía del pugilismo. El otro español—no podía por menos—formula un alegato en pro de las corridas de toros, fundándose en un juicio de relatividad con respecto a otras diversiones y fiestas nacionales. Son dos las proposiciones principales de su alegato: primera, que jamás en España una corrida de toros excita de tal suerte el interés y acapara a tal punto la atención pública y hasta interrumpe por unas horas la vida normal como ha sucedido aquí con la lucha de Willard y Dempsey; segunda, que el boxeo es más cruel, más repugnante y desde luego menos artístico que el deporte de lidiar toros bravos en coso.

A la primera, el norteamericano—que ha vivido seis años en España—ha replicado que en un solo día de fiesta se celebran veinte, treinta, cuarenta corridas de toros, y que los días de fiesta incluidos en la temporada taurina son veinte, treinta, cuarenta, en tanto la lucha por el campeonato del boxeo se espacia con intervalos de seis, diez, quince años. Las corridas de toros acaparan en mayor medida la atención española; pues si en los Estados Unidos hubiera cada domingo un campeonato de boxeo, la gente se desinteresaría antes de dos meses. Por otra parte, la última pelea, digan lo que quieran los periódicos, no ha causado la extraordinaria conmoción de los anteriores campeonatos, ni ha sacado de sus casillas sino a los aficionados contumaces del boxeo, los cuales, en un país de cien millones de habitantes, claro está que suman un buen número. El resto de la nación ha permanecido indiferente. Y se explica. No en balde los Estados Unidos acaban de salir de una guerra, la de más momento que vieron los siglos, después de haberse arrojado con alma y vida a defender desinteresadamente el principio de la solidaridad internacional y a asegurar el mundo para la democracia.

En cuanto a la crueldad del boxeo, el norteamericano ha dicho, sonriendo: «No es el boxeo nuestro más cruel pasatiempo. Según un humorista yanqui, todos los pueblos se distraen con deportes crueles; los españoles, con sus corridas de toros; los norteamericanos con su oratoria después de los banquetes».

A lo cual yo hube de observar que este deporte abominable es universal.

El norteamericano prosiguió divagando sobre la naturaleza y trascendencia del boxeo y su discutible crueldad. En sustancia, vino a decir lo siguiente:

«La afición al boxeo la hemos heredado de Inglaterra, y es, por lo tanto, un rasgo de la psicología anglosajona. No se concibe que un latino o un germano peleen por gusto sin odio y sin la intención de causar daño mortal. Los latinos pelean por algún motivo, que, casi siempre, suele ser la pasión amorosa; de aquí que pelean asistidos del odio y no se conforman con menos que matar al adversario. La fórmula del duelo entre latinos es: «No cabe los dos en el mundo». Esta es una noción estrecha, emanada de una visión lugareña del mundo. El mundo es bastante espacioso para que todos quepamos en él. La cuestión es no estorbarse los unos a los otros. A los anglosajones se nos ha ocurrido también ese problema de la cabida del mundo, pero no con una visión lugareña, sino con una perspectiva planetaria. Malthus, un inglés, previó que llegará un instante en que la humanidad habrá crecido demasíadamente, de manera que el suelo carecerá de fertilidad bastante para sustentarla. Entonces será cuando no quepamos en el mundo, y habrá que procurarse un lugar a tiros. Entretanto, a ningún anglosajón se le ocurre pensar que el desamor o la infidelidad de una mujer reducen el espacio habitable del globo y que ya no caben en el mundo él y su afortunado rival. En casos tales, una de dos: o se queda tan fresco, o se suicida; pero deja siempre a la mujer y al otro en paz. En esto el anglosajón se parece al germano. Werther era germano. Cuando el germano no es un Werther, no se preocupa gran cosa, como tampoco el anglosajón, de esas simbólicas superfluidades córneo-frontales que tanto pavor infunden al amator latino. Pero el germano se diferencia del anglosajón y del latino en que no pelea por gusto y sin intención dañina, como el primero, ni extrae el odio de la pasión sincera, como el segundo, sino que lucha por la voluntad de poderío, de imperio. Nietzsche, un alemán, anduvo a vueltas toda su vida, hasta que se volvió loco, por sistematizar una filosofía harto simplista, cuyo postulado fundamental se reduce a que la voluntad de poderío es la energía inmanente que ha engendrado la vida y preside el desarrollo progresivo de la humanidad. El instinto de combatividad es un legado biológico que la especie humana ha recibido de

las especies zoológicas. Pero no ha recibido íntegramente el legado cada una de las razas humanas, sino una parte o forma específica de él. Entre los animales hay tres modos de combatividad: la rivalidad de los machos por la hembra, que parece haberse transmitido a los latinos; la rivalidad por el dominio, que parece haberse transmitido a los germanos (todos los criadores y ganaderos saben por experiencia que hay siempre algunos animales que gustan de amedrentar y dominar al resto del rebaño), y la competencia por juego, en la carrera y en la lucha, que parece haberse transmitido a los anglosajones.

Pero la especie humana rebasa el fatalismo zoológico a causa de su capacidad para poner el instinto belicoso al servicio de anhelos ideales y en este respecto, no me atrevería a conceder a ninguna raza jerarquía superior a las demás razas.

Los alemanes últimamente han errado, para su daño, en sostener, con carácter científico y dogmático, que pesa sobre la especie humana, el propio fatalismo de las especies zoológicas y que por ende la guerra es necesaria e inevitable. Esto no lo puede admitir un anglosajón, para el cual el principio biológico de la lucha es el juego; ni un latino, para el cual el principio biológico de la lucha es el instinto sexual lastimado y enardecido, ni lo puede admitir un hombre de ciencia, pues si bien algún ejemplar en las agrupaciones zoológicas lucha por imponerse a los demás, no hay ejemplo de una colectividad que se organice belicosamente contra las otras, que éste sería el verdadero antecedente biológico y justificación fatalista de la guerra entre naciones. Quien más luz arrojó sobre estas materias ha sido Darwin, un inglés que fijó científicamente las condiciones de la evolución de las especies. Tres son estas condiciones, hablando «grosso modo», la lucha por la vida, la supervivencia del más apto y la selección. La lucha por la vida, en la teoría darwiniana, no es precisamente, como pretenden los imperialistas alemanes, la lucha de individuo contra individuo, antes bien, la lucha con el medio, con la naturaleza en torno, de la cual sólo los individuos más aptos logran supervivir, y de aquí que las especies se vayan seleccionando. Esta teoría no se le ocurrió a Darwin, por ventura, como se le pudo ocurrir a un latino o a un germano; únicamente en la cabeza de un anglosajón pudo adquirir coherencia perfecta y validez científica, esto es, en la cabeza de un hombre perteneciente a una raza de colonizadores, que se ha adaptado a todos los ambientes y climas de naturaleza, raza de criadores que han modificado a su